

Nombres en las Novelas

De Joaquín EDWARDS BELL

Cuando uno se propone crear personajes de novelas debe meditar en los nombres que va a poner a dichos personajes. Parece que fuera fácil y no lo es. Para que el nombre "suene chileno" es preciso que hayamos conocido personas chilenas que lo llevaron y ahí empieza el peligro. Si el personaje inventado no es fino, ni distinguido, podemos estar seguros de recibir visitas de hombres belicosos que vendrán a pediros explicaciones, o dementidos, como le ocurrió a Omer Enrieth con motivo de haber publicado un chancarrillo con clave. Cui rucna protestan por ellos. Son las damas de la familia las ofendidas, lo cual prueba que la vanidad de familia y la invención de títulos de Castilla proviene principalmente de las mujeres. Comenzo un señor que antes de casarse, no sé si con fines electorales, se jactaba de haber nacido en un famoso conventillo, y además, se decía hijo de un suplementero y de una lavandera. Se casó. Ahora se dice descendiente de un marqués y en su habitación podemos estudiar ante su escudo de familia, coronado por caudalosa cimera. Algunas veces ha venido un señor muy serio a pedirme qué cambio de nombre de algún personaje de mi relato, a causa de que coincide con alguna persona de su familia, donde se ve lo deficiente que se hace bautizar a nuestros héroes.

Si tomamos la guía de teléfonos de Santiago veremos que nuestro país es ahora un museo de apellidos. Hay una proliferación infinita de nombres. Han resucitado apellidos antiguos como Liepserguer y Lantadilla, todo lo cual hace más difícil nombrar en las novelas. Algunas veces los que se dan por aludidos reclaman por vanidad; otras veces por posibilidades de negocio, como le ocurrió a un señor Verdox que reclamó millones a Chaplin, fingiéndose retratado en la película Monsieur Verdoux.

El sonido de las palabras se convierte en idea. El nombre Landrá nos da la estampa de un señor barbudo que mata mujeres, como el nombre Verdejo, ahora por deformación de la idea, nos da la estampa de un pelele. Cuando pienso en una joven paraguaya mi idea la asocia con el verso: *termas candeas enaaya*. Me ha venido a propósito de la historia de una joven paraguaya que hace medio siglo puso pleito a una consitera de Asunción porque había puesto en su escaparate un maripal parecido a ella.

Con las estampas de las novelas ocurren casos parecidos. El novelista francés Sauton creó un tipo de hotelera de Libreville, colonia francesa donde hay un solo hotel. Se reconoció la hotelera en el retrato y reclamó ante los tribunales. Tengo el caso de Lucien Docaves. Hay otros. En 1882 Emilio Zola dio a uno de sus personajes el nombre de Duverdy. Tuvo mala suerte, pues había otros con el mismo nombre y oficio. Le puso pleito y Zola fue obligado a cambiar el nombre y a perder la parte impresa del libro. Entonces apareció un oficial de la Legión de Honor, llamado Luis Vahre, quien protestó a su vez. En la novela,

figuraba otro Luis Vahre. Zola, desesperado, le puso Louis San Nom.

En las primeras ediciones de la novela famosa de Alfonso Daudet, Tartarín no se llamaba Tartarín, sino Barbarba de Tarnacón. Ocurrió que había otro con el mismo nombre y el mismo aspecto. Furioso llevó a Daudet ante los tribunales. Para no dañar demasiado su trabajo, Daudet hizo cambiar la B por la T.

Hay cientos de casos parecidos. El último en Chile es el de la autora Virginia Cox. Primer libro. El relato La oveja negra, suscitó la protesta de un aludido. Se trata de la historia corta de un santiaguino simpatiquísimo y atolondrado, como hay miles. Le llaman Ripoll. En la guía de teléfonos figura un solo señor Ripoll, catalán seguramente. No se podría sentir aludido. La oveja negra es un tipo de novela picaresca. Querido pintó un héroe de guerra parecido. Es maravilla ver cómo resucitó la picaresca en Chile, cuatro siglos después. El joven Ripoll es santiaguino. Un inglés decía sonriendo: "Los jóvenes santiaguinos son muy finos y agradables, pero no se les puede confiar capitales..." Y veamos este detalle tremendo. La autora dice: "Miguel Ripoll atrás a las mujeres como ludo y cuando alguien trata de disuadirlos se enfurecen..."

A veces un nombre de familia empleado en novelas o caricaturas se torna en adjetivo. Así Tencorio, Tartarín y Juan Lanas. Así ha ocurrido con Verdejo y Machuca. Estos apellidos figuran en los conventos de Sevilla en las lápidas antiguas, entre Pastranas y Vargas. Machuca o Vargas Machuca, proviene de un Vargas que en Jerez de la Frontera vio rota su lanza en la batalla. (Machuca, Vargas, Machuca), le gritaron los compañeros mientras mataba moros con el mocho de su lanza. La familia chilena de nombre Verdejo es oriunda de Quillota y hay en el río Aconcagua un vado de Verdejo, famoso el año 1891 cuando los cauderos de Körner vomitaron el parlancotarismo. Antes de la batalla el regimiento "Chafaral" pasó por el vado de Verdejo. Es éste, como se ve, un apellido belicoso y de gran vitalidad. En 1875 se estaban en Chile 1.256 centenarios, de ellos 42 de Quillota. Cierta dama Verdejo falleció de 115 años, pero los documentos parroquiales probaron que se quitaba diez. Mayores de 90 años había en Quillota 339 personas, según Vicuña Mackenna. Estos datos me han dado ánimo para crear un héroe de novela joven llamado Verdejo, campeón deportista y político, amado de todo Chile. Pero aquí viene la dificultad. La costumbre de llamar Verdejo a los peleles alcoholeros transformó el apellido noble en adjetivo desagrado, y alteró el sonido de la palabra, con pérdida del sentido histórico. Por lo mismo los escritores y los caricaturistas debiéramos meditar antes de burlarnos de nombres y de apellidos para lanzarlos al infierno del ridículo. Pensemos en el niño nuevo que podría llegar a matricularse en la escuela y tenga que dar su nombre: (Verdejo) En vez de levantar la cabeza, boscada de orgullo, deberá abatir. Lo mismo ha ocurrido con los

nombres más dulces en las raíces de nuestras villas: Donalisa, Domitila, Petronila, Edwigh, Lucita, Edelma y otros. En cambio, la clase alta pretendió dar patente de nobleza y de élite a nombres extraños como Gladys, Walha, Petunia, Priscilla, Sonia, Tuty, Petroschka. Para el Hotel Fortillo, Vía del Mar y la canasta pasen. No niego que esos nombres ya son chilenos, pero del último aludido.

Para que la novela chilena suene a realidad, los nombres han de ser sabidamente distanzados con materia chilena. Mejor sonaría una niña llamada Copihue ante que Petunia.

No podríamos ponerlos a nuestros personajes apellidos como Zemborain, Bulrich, Unzué o Anchoena y Alzaga, por cuanto sugieren el dandismo satifecho, profundamente convencido y estatuario de la opulencia argentina. Así cada nación y cada región tienen sonidos o voces propias en los nombres personales, en los pregones y en los letreros de las tiendas. En Chile un nombre popular de tienda es La sin envidia. Implica la presencia de lo que niega.

La inmensidad del Brasil es otro problema de nombres. Las tiendas: Fazendas pretas, Cabellheiro, Secos e Molhados. Rio de Janeiro tiene lo suyo, aparte de los de Bahia y de Sao Paulo. Imperio de la Iantada en Rio: Buckingham Guimarães Junior, marechal de mar e tierra Pires Ferreira...

Bahia es otro cuento, el más fantástico del mundo colonial portugués, con su alucinante museo del Instituto Histórico. Recuerdo al Barao de Jaguaripe. Si hay una ciudad de romance en América, ésa es Bahia. Novela geográfica y étnica en un colorido que no parece de este mundo.

Para hacer personajes de novelas es preciso estudiar sus raíces y multiplicar el carácter de cada uno produciendo una realidad con miles juntadas en el almitre. Sin cierto poder de adivinación no hay autor durable. Personajes sin raíces se caen solos. La creación dura más que el modelo. Es difícil que un ser vivo se parezca a un ser creado por un genio como Balzac, Stendhal o Proust. Abel Hermant escribió: "A nadie prohibo parecerse a mis héroes, siempre que lo hagan con gracia". El notable escritor y pintor Pilo Yáñez usó por primera vez el sistema de dar nombres geográficos locales a sus héroes. Así inventó al señor Quilpué. Suena chileno. Más tarde yo hice un general Tobalaba. He juntado una lista de nombres para futuras novelas: Berlendi Talagante, hija de un fanático de la ópera. Coronel Chimbarrogo, Danilo Palva, nacido en la época de la ópera. Fucila Cortínez y Copihue del Sur, Antonio de Calera de Mambo, Titina Superanda, Moisés de la Bigada, Percy Bustamante, Windon Perales del Puerto. Finalmente Sinfonía Woodland, chiquilla nacida en Londres hija de comerciante inglés de Valparaíso, agradecido a Chile. En Londres llamarlo una niña Sinfonía es tan nuevo y chilo como aquí llamarse Priscilla.

(De LA NACION del 14 de febrero de 1932)

La Nación, 24-7-1932

Nombres en las novelas de Joaquín Edwards Bello. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1982

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Nombres en las novelas de Joaquín Edwards Bello. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile